- El respeto al lector -

ANTE una estadística mundial de tirada de periódicos, observo con alegría que los periódicos de partido están bajando el número de sus ediciones a marchas forzadas, mientras suben las de periódicos independientes que no distribuyen ideas ya fabricadas de este o aquel color, sino que suministran al lector una serie de documentación y reflexiones para que él extraiga por sí mismo las consecuencias. Ello indica una formidable madurez en las gentes. En primer lugar una madurez cultural y luego una toma de conciencia de la propia dignidad que se siente herida ante la manera brutal con que los periódicos partidistas tratan de avasallar la conciencia de sus lectores. Ya saben ustedes la técnica: sí el periódico partidista es de la derecha, ante un problema político como el del Vietnam, nos proyectará su película del Oeste en la que los americanos son los buenos y las armas y ataque de estos de carácter defensivo, y si el periódico partidista es de la izquierda, nos proyectará la misma película con los uniformes cambiados, la bondad al lado de los rusos y el Vietcong y la muerte, la destrucción y el odio a cargo de los americanos. Es decir que tanto unos como otros tratan de racionalizar su odio o los intereses que defienden y distribuyen consignas y esquemas de los acontecimientos en blanco y negro, bondad y maldad.

Pero el lector se harta y termina por no leer esas cosas con bastante buen acuerdo, exige un periódico que le suministre datos, historia, economía, situación político-religiosa, social, etcétera del teatro de los acontecimientos para juzgar él mismo y no permite par más tiempo ese insulto a la razón humana de los que aseguran que sólo los bombas del enemigo son mortíferas. Si no encuentra ese periódico prefiere la publicidad comercial que, a lo sumo, le asegura que el jabón X lava más blanco y es mejor, pero no lo demuestra a costa de vidas humanas.

La creciente despolitización de la sociedad moderna no se debe a su mayor bienestar, sino a un cierto asco que ha producido la política partidista en cantidades industriales. Un hombre honrado no quiere estar por más tiempo a merced de que gobierne X en vez de Z, y de ejemplar ciudadano se convierta por ese simple cambio de color en peligroso elemento antisocial. Está cansado de grandes palabras y se siente estafado. Sin embargo el hombre de hoy está seguramente más preocupado que nunca por el camino que tomará el mundo, por la paz y las otras grandes empresas humanas. Y prefiere que se le hable de Africa, por ejemplo, a través de la descripción de toda su compleja realidad, en vez de tener que leer macabras descripciones muy bien calculadas de los crímenes de un sólo lado, que han sido seguramente una de las publicidades más logradas de la «Unión Miniere».

Un misionero me contaba hace unos días que se avergonzaba de ser europeo al leer las encantadoras arengas a la extirpación de los negros que el señor Neville o el señor Ausón y otros señores habían escrito por aquí y que yo le había remitido. Pero que había sentido además hervirle toda su indignación cristiana al comprobar que la buena operación financiera de propaganda de la «Unión Miniere» se había hecho aprovechando el justo dolor de los cristianos por tantas víctimas inocentes. Y añadíai «Prefiero no leer esta cosas».

Sólo que afortunadamente también hay periódicos que informan lealmente en vez de predicar doctrinas, y en esa estadística de que hablaba al principio comprobamos cómo aumenta su tirada. De momento no puedo aducir nombres y cifras.

JOSE JIMENEZ LOZANO

Necesidades del desarrollo

ESTA lejos la superproducción nacional, a pesar de que se registren a finales de cada año incrementos considerables en muchos aspectos. Pero basta pasar revista a las cifras de otros países, para que observemos diferencias que hoy nos parecen poco menos que insalvables.

* * *

En una estadística de la O.C.D.E. referida a los pueblos desarrollados y a mitad del desarrollo, en la que se analizan cifras de producción, hay suficientes desniveles como para meditar sobre ellos. Cinco aspectos toca esta estadística: automóviles, teléfonos, radios, televisión y consumo de electricidad por habitante-año. La estimación se calcula por número de unidades por cada 1.000 habitantes, en los cuatro primeros apartados.

* * *

En automóviles van a la cabeza, como es normal esperar, los Estados Unidos, con 351 vehículos por cada 1.000 habitantes. Siguen Canadá, 247; Suecia, 188; Inglaterra, 126, y Alemania, 119. Francia va a continuación con 117, en tanto que otro país europeo productor, Italia, sólo cuenta con 60 coches por cada 1.000 personas. En los últimos lugares de la tabla figura España, 14 automóviles, proporción más baja aún, si tenemos presente que en otras naciones la densidad es mayor debido a su menor superficie geográfica.

* * *

Veamos los teléfonos. Rompe la marcha la nación americana, con 430 teléfonos por millar de ciudadanos, yendo acto seguido Suecia, 385; Canadá, 340; Suiza, 329, y ya en escala decreciente el resto de los países. Inglaterra llega a 167, Francia a 107 e Italia a 81. España cuenta con 68 teléfonos, y va delante de Irlanda, Portugal, Grecia y Turquía.

* * *

En cuanto a aparatos de radio, las estimaciones hay que precisarlas de acuerdo con la expansión de la televisión. No obstante, Estados Unidos establece un nuevo «récord», 950 radio-receptores por cada 1.000 habitantes, muy cerca de un aparato de radio por cada persona. España cuenta con 103, cifra sensiblemente inferior a los demás pueblos de Europa.

* * *

Para la televisión se acusan diferencias notables. Desde los 300 aparatos de los Estados Unidos a los 10 de Portugal. España sobrepasa ligeramente esta última cantidad, llegando a 12, aunque la misma expresión se está modificando ascensionalmente en proporciones destacadas.

* * *

La electricidad es, quizá, el capítulo económico que mejor acusa el grado de bienestar de un país. Nadie puede desdeñar los avances que en la producción de energía eléctrica se han producido en España. Seguramente es el capítulo más brillante del desarrollo en los últimos años. Pero falta mucho camino por recorrer, sobre todo si comparamos el consumo de habitante-año español con el de los demás pueblos. Esta vez va en cabeza Noruega, con nada menos que 9.070 kwh. por habitante. Bastante lejos queda Canadá, 5.472; otras naciones, entre ellas Suecia, Estados Unidos y Luxemburgo lindan entre los 4.000 y 5.000 kwh. Italia, punto inevitable de referencia, consume aproximadamente el doble de energía que España, Francia el triple e Inglaterra el cuadruple. El consumo nacional es de 588 kwh. por habitante-año.

* * *

Todas estas comparaciones nos demuestran algo incuestionable. El consumo de los diferentes productos se mantiene en España en una línea por debajo de la media europea, y ello en forma considerable. La saturación no llega por medios naturales. Ahora bien, habrá saturación en aquellos productos que no alcancen a ser consumidos por la mayoría, debido a su inalcanzable poder adquisitivo. Es decir, la saturación puede obrar por dos conductos: por el natural, mayor producción que las demandas pueden absorber, y saturación debida a escaso desarrollo de rentas en los ciudadanos.

* * *

Cuando se habla y se escribe de lograr superproducciones nacionales, este segundo punto se viene olvidando con frecuencia. Si se lleva camino de lograr series de producción aceptables, ya en una línea casi europea, nadie debe subestimar las consecuencias de una saturación producida por la baja receptividad que produce el poder adquisitivo. Para citar algo concreto, digamos que venimos exportando regularmente energía eléctrica a Francia, mientras que el consumo español se queda por debajo de un regular desarrollo. Está claro que no existe saturación en España, aunque sí ocurre que el menor consumo de electricidad se condiciona con las menores facilidades para su acceso, a causa del precio de la energía, no cara ni barata, que esto no modifica sustancialmente el caso, sino prohibitiva para consumos masivos en muchos de los modestos hogares del país.

FERNANDO MENDY

LOS BEATLES, ACCIONISTAS

HACE unos pocos días, Los Beatles, ese cuarteto musical que ha logrado la mayor de las famas en el mundo, ingresaba por la puerta grande en la City londinense. Tras haber entusiasmado a sus «fan», los cuatro muchachos melenudos decidieron crear una sociedad anónima, seguramente con el objeto de administrar los discos que producían y, así, redondear su fortuna personal. La emisión de acciones, una vez reservado el paquete mayoritario de los fundadores, fué un considerable éxito. El público inversionista se arrebataba de las manos los títulos y en muy poco tiempo el capital social quedó suscrito.

La fama de Los Beatles es singularísima. Hace unos pocos meses fué operado de amígdalas uno de ellos. La misma operación se realizaba casi simultáneamente sobre la garganta del futuro monarca inglés. Pues bien, la prensa inglesa, a la que de siempre ha sido adjudicado el remoquete de sesuda, dedicaba ocho veces más de espacio a relatar la inofensiva operación y a fotografiar al cantante, que al príncipe Carlos.

La inversión de los valores es atributo de nuestro tiempo. La sofisticada publicidad se encarga de abultar los perfiles de los protagonistas que hay que mantener en «olor de multitud». Recientemente, creo que también en Inglaterra, se ha desvelado un secreto a voces que ya nos venía resultando harto sospechoso. No todo el entusiasmo de los «fan» es desinteresado. Con motivo de una recepción o una despedida de determinado grupo musical, se evidenció que, parte al menos de los admiradores estaban allí a sueldo. Tantos chelines por agitar los brazos, por estrujar a los «héroes», por desmayarse o por llorar a moco tendido, en una de las emociones que nunca llegamos a entender.

No es esto nada nuevo, desde luego. Las plañideras, institución abolida salarialmente, son productos de una técnica que se pierde en los siglos. Pero el carácter masivo de los acontecimientos de nuestra era reviste condiciones mucho más decisivas y mucho más peligrosas. La notoriedad es el arma de que se valen los avispados agentes de «public relations» para aumentar los ingresos de sus patrocinados.

Llega el momento en que uno se queda perplejo, sin saber cómo decidir su pensamiento. Ante muestras de colectivo histerismo, en las cuales los fanáticos de tal astro o estrella, o del fulanito remilgado que canta melosas canciones rítmicas, nunca sabemos a ciencia cierta lo que hay de «bluff» y lo que significa anormal conformación social. Hay tantos «tontos» como parece, o, por el contrario, ¿se trata de un conjunto de «extras» disciplinados que se ganan la vida en los aeropuertos? Cualquiera que sea la respuesta, el síntoma no es nada risueño. Y menos risueño aún es ampliar el mismo a escala superior, mucho más trascendente.

Pensar por su cuenta va siendo cada vez más difícil al ciudadano que quiere presumir de independiente. Son demasiadas interferencias, sofisticadas reacciones, intereses que llegan por el turbio camino de los tortuosos reclamos. Las reacciones de grupo, de partido, de clan modelan a la perfección a la masa. Nunca he olvidado la petulante —y por desgracia, cierta— afirmación de una cadena de periódicos norteamericana que se jactaba de haber «destrozado» la personalidad de determinado político, otrora idolatrado por las muchedumbres, pero cuya veneración interesaba remover y destruir. En pocas jornadas, el tal sujeto pasaba de la gloria anónima de las multitudes a las zonas más oscuras del vilipendio. Seguramente, a aquel personaje se le movía por razones elementales, al margen de su auténtica personalidad, aunque el resultado fué de la mayor eficacia.

Volviendo a lo pintoresco, no por ello menos desdeñable, vemos cómo las glorias efímeras de los famosos se tejen y destejen con la mayor frialdad. A uno le duele todo ello. Primeramente, porque representa una estafa a los sentimientos de los demás. También, porque otros emprenden los peldaños del éxito, a veces con trabajoso esfuerzo, y llevan la idea equivocada que «cerebros» a sueldo ayudaron a crear. Si multitud de muchachos sueñan en emular a Los Beatles y se dedican a cantar mejor o peor, la cosa no tiene excesiva importancia. Pero si un género de vida, presentado seductoramente, se adueña de la mentalidad de muchos y muchas jovencitas, con ademanes copiados y melenas grasientas, esto ya tiene mucha más importancia. En definitiva, los mimetismos frívolos engendran una actitud vital que merma la auténtica personalidad del individuo.

MIGUEL ANGEL PASTOR

Cubiertas prefabricadas
CUPRE
Se fabrican en luces de 5 a 30 metros
LIGERAS-ECONOMICAS
Propias para Almacenes, Graneros, Vaquerías, Cines, Gallineros y Naves Industriales
CARRETERA DE MADRID
Km. 187,5 (a 100 m. del paso a nivel)
Teléfono 32700
VIGUETAS - JACENAS - POSTES - TUBOS - VENTANAS BOVEDILLAS
Pidan folletos y presupuestos sin compromiso

Misales
Casa SANTAREN

EL CABALLO DE TROYA

Hablemos otra vez, ¡ay!, del arte moderno

LOS EQUIVOCOS DE LA RETORICA TEORIZANTE

Por JOSE M.ª GIRONELLA

EN Barcelona siguen proliferando de tal modo las exposiciones del llamado arte moderno, informal, abstracto o similares que, en contra de lo que me había propuesto, he decidido abordar de nuevo el tema. Sin dramatizar, por supuesto. En un plano modesto. Hay cosas por las cuales vale la pena rasgarse las vestiduras; otras, no

Es obvio que no me dirijo ni a los artistas integrados en tales tendencias, ni a los críticos que los adulan sistemáticamente, ni a los propietarios de las salas que les ofrecen sus paredes con el sano propósito de animar el comercio. Me dirijo simplemente al hombre de la calle, al hombre común, que al enfrentarse con una de esas manifestaciones plásticas experimenta incómoda perplejidad. Al hombre que tendría ganas de chillar, pero que a lo último opta por callarse, por guardar silencio, temeroso de oírse tachar de ente subdesarrollado.

Mis impresiones van a llevar un prefacio ilustre: la confesión que Picasso le hace a Gog, en el «Libro Negro» de Papini. Confesión imaginaria, pero que muchos periódicos de la época dieron por auténtica, como anticipándose al testamento que, según noticias, Picasso prepara y en el que sería de desear que el artista desnudara su alma y nos diera la clave de la gran ópera que ha cantado ante el mundo. Opera cuyo arranque, de color azul, tuvo dignidad clásica y que poco a poco, salvo intermitentes rebrotes geniales —verbigracia, el cuadro Guernica— fué degenerando hacia especulaciones de interés meramente técnico, cuando no codornicesco.

Picasso le confiesa a Gog que de joven sintió «la pasión del arte grande», pero que más tarde se dió cuenta de que dicho arte, tal como fue entendido hasta el siglo XIX inclusive, estaba agonizando, «había concluído». «Los hombres ya no sienten el arte como una necesidad vital». «Los hombres de hoy han puesto su atención y su calor en cosas completamente distintas: las máquinas, los descubrimientos científicos, las riquezas, el dominio de las fuerzas naturales y de todos los países del orbe» «¿Qué puede hacer un artista —se pregunta Picasso— que ha visto claro este fin próximo, como me sucede a mí? Sería demasiado duro cambiar de oficio y, además, peligroso desde el punto de vista alimenticio. Para tal artista solamente hay dos caminos: tratar de divertirse y procurar ganar dinero». «Desde el momento en que el arte no es ya manjar que nutre a los mejores, el artista puede desahogarse a placer en toda tentativa de fórmulas nuevas, en todos los caprichos de la fantasía, y en todos los recursos del charlatanismo intelectual. El pueblo ya no busca en el arte consuelo y exaltación; pero los refinados, los ricos, los ociosos, buscan lo nuevo, lo original, lo escandaloso. Y yo, a partir del cubismo, he contestado a esos señores y a esos críticos con todas las variables singularidades que se me han venido a la cabeza, y cuanto menos las han comprendido más las han admirado». «Ahora, como usted sabe, soy célebre, soy rico. Pero cuando estoy solo, conmigo mismo, no tengo el valor de considerarme un artista en el sentido grande y antiguo de la palabra. Verdaderos pintores fueron Giotto y Ticiano, Rembrandt y Goya; yo soy solamente un «amuseur public» que ha comprendido su época y ha aprovechado, lo mejor que ha sabido, su imbecilidad, la vanidad y la ambición de sus contemporáneos. Es una amarga confesión la mía más dolorosa de lo que pueda parecerle, pero que tiene el mérito de ser sincera».

Claro es, no deben tomarse al pie de la letra estos textos, pero qué duda cabe que pueden ser útiles para formarse una composición de lugar. Sí, es cierto que en los inevitables ciclos de la historia humana se producen fatigas, se cierran etapas y que de una de estas fatigas nació el arte actual, grito de rebelíca contra tanto caramelo pintado y grito de asombro ante las perspectivas que los descubrimientos del siglo XX abrían a la retina y a la sensibilidad del hombre nuevo, nacido entre rascacielos y sobre el asfalto.

Por desgracia, el desenfoque ha sido tal, a mi entender, que dicho arte-rebelión se ha quedado a mitad de camino. Ha cubierto su objetivo de desbancar para siempre lo inevitablemente caduco y está dejando constancia de una profunda y necesaria inquietud. Pero en el aspecto positivo sus hallazgos —excepto en arquitectura, ingeniería y algunas artes subalternas o aplicadas como el esmalte, la cerámica, etcétera—, son bien escasos. La escultura y la pintura elaboradas por los «inconformistas» carecen hasta ahora de grandeza. No ha aparecido la obra que produzca en todas las gentes la sobrecogedora emoción estética que producen, todavía hoy, «La Anunciación», de Fra Angélico, los «Adán» y «Eva», de Durero, la escultura babilónica o egipcia. Los Museos de arte actual dispersos por el mundo, encabezados por el Gungenheim, de Nueva York, dejan un tal sabor de impotencia, de artificio y de frialdad que el resultado inmediato es el tedio y el resultado final es la tristeza. Entristece, en efecto, comprobar que en el plazo de poco más de medio siglo, y a partir de los expresionistas «fauves», se hayan sucedido sin pena ni gloria tantos y tantos ismos: las «fórmulas nuevas», las «variables singularidades» de que hablaba Picasso. Las escuelas se asesinan unas a otras con sospechosa facilidad. Su abundancia coloca a la defensiva. Muchos de los artistas actuales han llegado a una tal saturación de sí mismos que no sólo han renunciado a todos los modos tradicionales de creación, por estimarlos «concluídos», sino que afirman que en el arte futuro sólo será lícito el uso de «materias» hasta ahora no empleadas y sólo tendrán validez formas de expresión hasta ahora inéditas. Tal profecía es arriesgada, puesto que a los sistemas de siempre —el caballete, el óleo, el mármol, el bronce, etcétera—, les queda todavía mucho camino que recorrer. Por otra parte, en la mayoría de los casos, resulta que al término de tan trascendentales promesas de innovación, los artistas actuales redescubren el barro, los guijarros, el hierro retorcido, el mimbre, el papel...

Muchas veces he pensado que lo que más daño ha causado al arte actual ha sido esto, el lenguaje, el repaje retórico que lo ha envuelto desde su inicio. Tal lenguaje no sólo ha servido para disimular mediocridades, sino que a menudo ha deformado en un grado suicida la mente de los propios protagonistas, embriagándolos de oquedad. No de otro modo se explican la persistencia en burdos tópicos, la toma de actitudes de imposible viabilidad práctica y comunicable.

Mi deseo es apuntar esquemáticamente unas cuantas de las mencionadas deformaciones terminológicas. Tal vez, mirando al dorso, consigamos esclarecer un poco la cuestión. No sin antes reconocer, sin embargo, que son ya muchos los artistas actuales que en este punto van tomando conciencia, que están haciendo marcha atrás en sus anatemas. Las concesiones de dichos artistas con respecto a los creadores que tuvieron la desgracia de nacer antes que ellos empiezan a ser muy amplias y denotan un cierto volumen de comprensión. ¡Habíc que verlos y oírlos hace treinta años! Pasaban ante el Museo del Prado tapándose la nariz, al modo como Unamuno bajaba las cortinillas del tren al pasar por Zaragoza. Formaban una especie de Tribunal de Nuremberg, que condenaba al desprecio a toda la historia del arte universal.

La más equívoca de las palabras a que me refiero es, para el gran público, la palabra «moderno». Cualquier manual de historia plástica demuestra que el arte actual es moderno, nuevo, sólo en muy contados matices. Acaba de aparecer un libro de J. A. Maudit titulado «Cuarenta mil años de arte moderno», en el que se demuestra que no sólo el hombre prehistórico sino incluso los monos se expresaban plásticamente de modo paralelo a muchos artistas de hoy. Gran parte del arte llamado moderno entronca en espíritu y aliento con lo más primitivo. Es un regreso a la infancia Se nutre de inspiración rupestre, negroide, ibera, pre-colombina, extremo-oriental... En los cinco continentes encontramos creaciones anónimas que contienen prácticamente todos los elementos que ahora nos están siendo presentados como visiones del futuro. ¿Asimetría? La secta Zen, budista, llama a Dios «El Asimétrico». ¿Concepto de Vacío? Lao Tsé —siglo VI antes de Jesucristo— habló de él. ¿Cabezas con tres ojos, distorsiones, planos imbricados, aristas dinámicas, abstracción? En los cánones de la pintura china se lee que «el arte crea algo que está más allá de las formas». En muchas cavernas, y no digamos en el Japón, la estilización y la fugacidad han sido llevadas al máximo. Casi todo el arte islámico es abstracto, debido a la prohibición coránica: «¡ay de aquél que pintase una criatura viva!». El Museo tribal del Congo, de Bruselas, podría trasladarse íntegro a la Sala Gaspar o a la Sala René Metrás y más de un teorizante lo tomaría por una genial aportación de la nueva ola. Los arqueólogos como nuestro doctor Pericot, familiarizados con los constructores de menhires y con la era Tolteca, de Méjico, deben de sonreír de modo inefable al contemplar los «huecos», los «orificios», «descubiertos» por la escultura actual... Y sin ir más lejos, ¿qué decir de los fondos idealizados del románico mural del Pirineo Catalán? ¿Y de los celajes —ritmos cambiantes, manchas traduciendo estados de ánimo— de Simone Martini? ¿Y de las túnicas que pintaba el Greco? ¿Y de la pared —economía del color— del cuadro «El perro semi-enterrado», pintado por Goya?

La lista de parangones sería interminable. Todo lo cual es lógico,

(Sigue en la página 18)